

CAPITULO XVII.

DETERMINAN LOS ESPAÑOLES acercarse á Tlascála, teniendo á mala señal la detencion de sus mensageros: pelean con un grueso de cinco mil Indios, que los esperaban emboscados; y despues con todo el poder de la república.

Marcha
Cortés la
vuelta de
Tlascála.

Ocho dias se detuvieron los Españoles en Xacazingo esperando á sus mensageros, cuya tardanza se tenia ya por novedad considerable. Y Hernan Cortés, con acuerdo de sus Capitanes, y parecer de los Cabos Zempoales, que tambien solian favorecerlos, y confiarlos con oír su dictamen, resolvió continuar su marcha, y ponerse mas cerca de Tlascála para descubrir los intentos de aquellos Indios: considerando que si estaban de guerra, como lo daban á entender los indicios antecedentes, confirmados ya con la detencion de los Embajadores, sería mejor estrechar el tiempo á sus prevenciones, y buscarlos en su misma ciudad, antes que lograsen la ventaja de juntar sus tropas, y acometer ordenados en la campaña. Moviése luego el ejército puesto en orden, sin que se perdonáse alguna de las cautelas que suelen observarse quando se pisa tierra de enemigos: y caminando entre dos montes, de cuyas fal-

das se formaba un valle de mucha amenidad, á pocas de dos leguas, se encontró una gran muralla, que corria desde el un monte al otro, cerrando enteramente el camino: fábrica suntuosa y fuerte, que denotaba el poder y la grandeza de su dueño. Era de piedra labrada por lo exterior, y unida con argamasa de rara tenacidad. Tenia veinte pies de grueso: de alto, estado y medio; y remataba en un parapeto, al modo que se practica en nuestras fortificaciones. La entrada era torcida y angosta, dividiéndose por aquella parte la muralla en dos paredes, que se cruzaban circularmente por espacio de diez pasos. Súpose de los Indios de Zocothlán que aquella fortaleza señalaba y dividia los términos de la provincia de Tlascála, cuyos antiguos la edificaron para defenderse de las invasiones enemigas: y fue dicha que no la ocupasen contra los Españoles, ó porque no se les dió lugar para que saliesen á recibirlos en este reparo, ó porque se resolvieron á esperar en campo abierto para embestir con todas sus fuerzas, y quitar al ejército inferior la ventaja de pelear en lo estrecho.

Pasó la gente de la otra parte sin desorden ni dificultad: y vueltos á formar los esquadrones, se prosiguió la marcha poco á poco, hasta que saliendo á tierra mas espaciosa, descubrieron los batidores á larga distancia veinte ó treinta Indios, cuyos penachos, ornamento de que solo usaban los soldados, daban á

La gran
muralla de
los Tlascal-
técas.

Descubren-
se veinte In-
dios milita-
res.

entender que habia gente de guerra en la campaña. Vinieron con el aviso á Cortés, y les ordenó que volviesen, alargando el paso, y procurasen llamarlos con señas de paz, sin empeñarse demasiado en seguirlos; porque el parage donde estaban era desigual, y se ofrecian á la vista diferentes quiebras y ribazos, capaces de ocultar alguna emboscada. Partió luego en su seguimiento con ocho caballos, dexando á los Capitanes orden para que avanzasen con la infantería sin apresurarla mucho: que nunca es acierto gastar en la diligencia el aliento del soldado, y entrar en la ocasion con gente fatigada.

Esperaron los Indios en el mismo puesto á que se acercasen los seis caballos de los batidores; y sin atender á las voces y ademanes con que procuraban persuadirlos á la paz, volvieron las espaldas corriendo, hasta incorporarse con una tropa que se descubria mas adelante, donde hicieron cara, y se pusieron en defensa. Unieronse al mismo tiempo los catorce caballos, y cerraron con aquella tropa, mas para descubrir la campaña, que porque se hiciese caso de su corto número. Pero los Indios resistieron el choque, perdiendo poca tierra, y sirviendose de sus armas tan valerosamente, que sin atender al daño que recibian, hirieron dos soldados y cinco caballos. Salió entonces al socorro de los suyos la emboscada que tenian prevenida; y se dexó ver en lo descubierto un grue-

Adelantase Cortés en su alcapce.

Descubrese la emboscada,

so de hasta cinco mil hombres, á tiempo que llegó la infantería, y se puso en batalla el ejército para recibir el ímpetu con que venian cerrando los enemigos. Pero á la primera carga de las bocas de fuego conocieron el estrago de los suyos, y dieron principio á la fuga con retirarse apresuradamente; de cuya primera turbacion se valieron los Españoles para embestir con ellos: y lo executaron con tan buena orden, y tanta resolucion, que á breve rato cedieron la campaña, dexando en ella muertos mas de sesenta hombres y algunos prisioneros. No quiso Hernan Cortés seguir el alcance, porque iba declinando el dia, y porque deseaba mas escarmentarlos que destruirlos. Ocuparonse luego unas caserías que estaban á la vista, donde se hallaron algunos bastimentos; y se pasó la noche con alegria, pero sin descuido, reposando los unos en la vigilancia de los otros.

El dia siguiente se volvió á la marcha con el mismo concierto, y se descubrió segunda vez el enemigo, que con un grueso poco mayor que el pasado venia caminando mas presuroso que ordenado. Acercaronse á nuestro ejército sus tropas con grande orgullo y algazara; y sin proporcionarse con el alcance de sus flechas, dieron la carga inutilmente: y al mismo tiempo empezaron á retirarse, sin dexar de pelear á lo largo, particularmente los pedreros, que á mayor distancia se mostraban mas animosos. Co-

que sería de hasta cinco mil hombres.

Rota de los Tlascaltecas.

Vuelve á dexarse ver el enemigo.